

El mapa de los que se fueron

El Mapa de los que se fueron

© 2026 Helimir E. López

Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo 2026

ISBN: 978-980-18-8753-9

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida sin autorización previa del autor.

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

Publicado por Helimir E. López

novelasdeterror.com

Hecho en Venezuela

El mapa de los que se fueron

Dedicatoria

A los que se fueron.

A los que se quedaron.

A los que todavía están esperando.

El mapa de los que se fueron

Prólogo

Hay una casa en las afueras que no aparece en ningún mapa. No es que la hayan omitido. Es que quien trazó el mapa decidió no dibujarla. Porque algunas cosas, si no las escribes, dejan de existir.

O no.

El problema de los mapas es que mienten. Omiten calles. Borran límites. Esconden lo que no queremos ver.

Pero la tierra recuerda. Los cimientos no se olvidan. Y los sótanos... los sótanos guardan secretos que ni la peor de las omisiones puede enterrar.

Esta es la historia de un cartógrafo que dibujaba mapas para no perderse.

Y terminó encontrando algo que nunca debió buscar. Algo que llevaba veinte años esperándolo.

Algo que, cuando lo encontró, le dijo: —Tardaste.

Antes de comenzar

Mateo es cartógrafo. Ha pasado los últimos diez años trazando mapas de zonas de conflicto, territorios olvidados, lugares que nadie quiere recordar. Vive solo, trabaja desde casa, y su único vínculo con el mundo es el correo postal.

Un día, comienza a recibir paquetes anónimos. Dentro, mapas dibujados a mano. No son mapas de lugares reales. O sí. Al superponerlos con mapas oficiales, las coordenadas coinciden con casas donde hubo desapariciones no resueltas. Todas de niños.

El primer mapa lleva a una casa abandonada. El segundo, a un parque. El tercero, a un sótano. Mateo investiga. Descubre que los mapas los dibujó un niño desaparecido hace veinte años. Y que los mapas no muestran dónde están los cuerpos. Muestran dónde están las entradas.

La última coordenada lo lleva a su propio departamento. Debajo de la alfombra, encuentra una trampilla que no sabía que existía. Y abajo, una habitación con paredes cubiertas de mapas. Todos dibujados por él.

El mapa de los que se fueron

En una esquina, una nota: "No te preocupes. Cuando termines de mapear, te dejaremos salir. Pero tienes que dibujar bien la salida. Si te equivocas, te quedas aquí."

Mateo no recuerda haber dibujado esos mapas. Pero su letra está en cada uno. Y el más antiguo tiene una fecha: el día que él mismo desapareció durante tres días. Los que nunca recordó.

Índice

Portada	i
Créditos	ii
Dedicatoria	iii
Prólogo	iv
Antes de comenzar	v
Índice	vii
Mapa 1: La casa de los pájaros	1
Mapa 2: El parque de las hamacas vacías	12
Mapa 3: El sótano de las voces	21
Mapa 4: La habitación de los que olvidaron	30
Mapa 5: El mapa que dibujó un niño	40
Mapa 6: La calle sin salida	50
Mapa 7: La habitación de los cimientos	62
Mapa 8: El mapa de la salida	71
Mapa 9: El mapa que nunca se cierra	80
Agradecimientos	91
Sobre el autor	92

El mapa de los que se fueron

Mapa: 1

La casa de los pájaros

El primer mapa llegó un martes. Los martes no pasaba nada en mi vida. Ese fue el problema.

Día 1

El paquete no tenía remitente.

Lo dejaron en el buzón, entre el recibo de la luz y un catálogo de pizzas. Era un sobre de papel madera, cerrado con cinta adhesiva marrón. Alguien había escrito mi dirección a mano, con una caligrafía inclinada que me resultó vagamente familiar, aunque no supe decir por qué.

Lo abrí en la mesa del comedor, la misma donde llevo diez años desayunando solo.

Dentro había un mapa.

No un mapa impreso. Un dibujo. Hecho a mano, en una hoja de papel envejecida, con tinta negra que parecía más antigua que el propio papel. Las líneas eran temblorosas,

El mapa de los que se fueron

como si quien las trazó hubiera tenido frío. O miedo.

No había título. No había escala. Solo coordenadas. Un par de números escritos en la esquina inferior derecha: 10.715370, -71.518862.

No las reconocí.

Las copié en mi ordenador. Las pegué en el visor de mapas.

La X marcaba una casa en las afueras. Una manzana gris en medio de un terreno baldío. Miré la imagen satelital. El techo estaba hundido. El jardín, cubierto de maleza. Una casa abandonada.

Busqué noticias antiguas sobre esa dirección.

"Desaparecido un niño de ocho años en el barrio. La policía no encontró rastros. El caso fue cerrado a los seis meses."

La fecha: hace veinte años.

Yo tenía ocho años en esa fecha.

También yo vivía en ese barrio.

El mapa de los que se fueron

No lo recordaba.

Día 2

Fui a la casa.

El GPS me llevó por rutas que no conocía, aunque el barrio me sonaba. Había algo en las calles, en los nombres de las esquinas, que me provocaba una incomodidad física. Como cuando intentas recordar un sueño y solo te queda la sensación, no las imágenes.

La casa estaba tal cual la había visto en la pantalla. Techo hundido. Maleza. Las ventanas rotas como cuencas vacías.

Entré por lo que quedaba de la puerta principal.

Olía a humedad, a papel podrido, a algo que había muerto allí y nadie se había molestado en sacar. El silencio era denso. No el silencio de una casa vacía. El silencio de un lugar que está esperando.

Busqué según el mapa. El dibujo indicaba que la X estaba en el sótano.

El mapa de los que se fueron

Encontré la puerta. Bajo una escalera oxidada. Los escalones crujieron bajo mi peso, pero no cedieron. Como si alguien los hubiera reforzado hace poco.

El sótano era más grande de lo que parecía desde fuera.

Las paredes eran de ladrillo visto, cubiertas de grafitis viejos. Nombres. Fechas. Corazones con iniciales. Y en el centro, en la pared del fondo, una puerta de madera que no llevaba a ninguna parte. Estaba tapiada con ladrillos. Pero alguien había escrito algo en los ladrillos, con tiza blanca.

"El primero. Nunca lo encontraron."

Debajo, una flecha que apuntaba al suelo.

Me arrodillé. El suelo era de tierra batida. Empecé a cavar con las manos. La tierra estaba suelta, removida hacía poco.

A los pocos centímetros, mis dedos tocaron metal. Una caja. Pequeña.

La saqué.

Dentro había un mechón de pelo. Castaño. Largo. Atado con

El mapa de los que se fueron

una cinta rosa. Y una nota, escrita en el mismo papel envejecido, con la misma tinta negra.

"Este es el primero. Todavía no sé su nombre. Pero tú sí. Tú lo supiste una vez."

Mi mano tembló.

Yo no sabía de quién era ese pelo. No sabía qué casa era esta. No sabía por qué había venido.

Pero algo en ese sótano me conocía.

Algo me estaba esperando.

Día 3

Volví a mi departamento con la caja de metal bajo el brazo.

La dejé sobre la mesa del comedor. La miré un largo rato. No la abrí otra vez. No quería ver el mechón de pelo. No quería leer la nota otra vez.

Pero algo más me molestaba.

Cuando salí de esa casa, cuando crucé la puerta y el sol me

El mapa de los que se fueron

dio en la cara, tuve una certeza que no supe explicar.

Yo había estado en ese sótano antes. No como adulto. Como niño.

Recordaba la humedad. Recordaba el olor. Recordaba la oscuridad.

Pero no recordaba por qué.

Esa noche, antes de dormir, revisé mis mapas. No los digitales. Los físicos. Los que he dibujado a mano durante años. Tengo una caja en el armario. Mapas de ciudades que visité. Mapas de rutas de senderismo. Mapas de lugares que me gustaron.

Ninguno de esa casa.

Pero al fondo de la caja, detrás de los más viejos, encontré algo que no recordaba haber guardado.

Un mapa dibujado a lápiz. En papel cuadriculado de cuaderno. Las líneas eran torpes, infantiles. Árboles dibujados como champiñones. Casas como rectángulos con techo de dos líneas.

Y en el centro, un rectángulo más grande.

El mapa de los que se fueron

Debajo, escrito con lápiz azul, en una letra que me costó reconocer como mía:

"El sótano donde me escondí cuando tuve miedo."

Tenía ocho años cuando dibujé eso.

No recordaba haber tenido miedo a los ocho años.

No recordaba haberme escondido.

Pero el mapa estaba ahí. En mi letra. En mi papel.

Día 4

Llamé a mi madre.

No contestó. Llamé dos veces más. Al tercer intento, respondió con voz extraña, como si acabara de despertar de una siesta que no había planeado.

—¿Mamá? —dije.

—Mateo. ¿Eres tú?

El mapa de los que se fueron

—¿Quién más iba a ser?

Hubo un silencio. Luego, un susurro que no estaba destinado a mí, sino a alguien al lado de ella.

—Es Mateo.

—Mamá, ¿con quién hablas?

—Nadie, cariño. Dime.

—¿Te acordás de una casa? En las afueras. Con un sótano.

Donde jugaba cuando era chico.

Otro silencio. Más largo.

—No —dijo—. No recuerdo ninguna casa así. ¿Por qué?

—Encontré un mapa. Un dibujo mío. De cuando tenía ocho años. Dice algo de un sótano donde me escondí cuando tuve miedo.

La respiración de mi madre cambió. Se volvió más rápida.

El mapa de los que se fueron

Más superficial.

—Mateo, los ocho años... tú sabes que no hablamos de los ocho años.

—¿Por qué no?

—Porque te perdiste. Durante tres días. Apareciste en una comisaría, con la ropa sucia, sin zapatos, sin recordar nada. Los médicos dijeron que era un mecanismo de defensa. Que no presionáramos.

Nunca me habían contado eso.

—¿Dónde me perdí? —pregunté.

—No lo sabemos. Nunca lo supimos. Tú no lo dijiste. Solo apareciste.

—¿Y nunca preguntaron?

—Te tuvimos. Estabas sano. Era suficiente.

Colgó.

El mapa de los que se fueron

Me quedé con el teléfono en la mano, mirando el mapa de

la pequeña caja de metal. El que yo mismo había dibujado a los ocho años.

"El sótano donde me escondí cuando tuve miedo."

No recordaba el miedo.

Pero recordaba la oscuridad.

Y ahora, también recordaba que no estaba solo.

Alguien más estaba ahí, en ese sótano, veinte años atrás. Alguien a quien dejé atrás.

Alguien que aprendió a dibujar mapas.

Y que ahora me estaba dibujando a mí.

Día 5

El segundo paquete llegó al mediodía. Mismo sobre de papel madera. Misma cinta marrón. Misma caligrafía inclinada.

El mapa de los que se fueron

Dentro, otro mapa. Coordenadas diferentes. Otro lugar.

Otro niño desaparecido. Pero esta vez, en el reverso, alguien había escrito una frase. Con letra temblorosa. Con tinta negra.

"El primero era de ella. Este es de él. ¿Te acuerdas de él, Mateo? Jugaba con nosotros. Hasta que te fuiste."

No me acordaba.

Pero algo en mi pecho se contrajo. Como si alguien hubiera apretado un puño alrededor de mi corazón y estuviera esperando a que yo dijera el nombre.

El nombre que había olvidado. El nombre del niño que dejé en ese sótano.